

De ruinas y memorias en ciudades latinoamericanas¹

Inauguración año académico Doctorado en Territorio, Espacio y Sociedad (D_TES) Escuela de Postgrado Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile, Santiago, 17/04/2019

Francisca Márquez
Departamento de Antropología
Universidad Alberto Hurtado

I.

Las ruinas indias

“¡Que hermosa era Tenochtitlán, la ciudad capital de los aztecas, cuando llegó a México Cortés! Era como una mañana todo el día, y la ciudad parecía siempre como en feria. Las calles eran de agua unas, y de tierra otras; y las plazas espaciosas y muchas; y los alrededores sembrados de una gran arboleda” (p.306-307)

Fue en 1889, que el escritor cubano José Martí publicó *Las Ruinas Indias*. En este texto, escrito con fines pedagógicos, Martí recorre con su mirada las ciudades mexicanas antes de la llegada de Cortés, y el destino que ellas sufrieron: “De toda aquella grandeza, nos dice Martí, quedan en el museo unos cuatro vasos de oro, unas piedras como yugo, de obsidiana pulida, y uno que otro anillo labrado. ¡Tenochtitlán no existe! No existe Tulán, la ciudad de la gran feria. No existe Texcoco, el pueblo de los palacios. Los indios de ahora, al pasar por delante de las ruinas, bajan la cabeza, mueven los labios como si dijese algo, y mientras las ruinas no le queden atrás, no se ponen el sombrero. De ese lado de México [...], no quedó después de la conquista una ciudad entera, ni un templo entero (p.308).

Ciudades ruinas que son “como un libro de piedra. Un libro roto, con las hojas por el suelo, hundidas en la maraña del monte, manchadas de fango, despedazadas. Están por tierra las quinientas columnas de *Chitchén – Itzá*; las estatuas sin cabeza, al pie de las paredes a medio caer; las calles, de la yerba que ha ido creciendo en tanto siglos, están tapiadas” (p.310).

Si me permito traer a Martí aquí, es porque estoy segura que compartirán conmigo que la historia latinoamericana se ha hecho de ruinas y escombros. Ruinas que a su manera, nos hablan de una historia marcada desde la conquista hasta hoy, por la violencia: la de la corona española, la de la iglesia evangelizadora, la del Estado, la de las instituciones militares y la del proyecto modernizador del progreso. Nuestras ciudades latinoamericanas hablan de ruinas, porque ellas se levantan desde y a pesar de ellas. Las ciudades

¹ Esta presentación se basa en resultados parciales de la Investigación Fondecyt N° 1180352, Ruinas Urbanas. Réplicas de memoria en ciudades latinoamericanas. Santiago, Bogotá y Quito. De Francisca Márquez, IR y las COI Javiera Bustamante, Amalia Nuevo y Carla Pinochet.

latinoamericanas nacen de un ejercicio de la conquista por imponer una lectura uniforme de la cuadrícula sobre espacios naturales y territorios previamente construidos. Las ruinas sumergidas en esta traza ofrecen continuidad al pretérito en un presente reconfigurado. Así lo atestiguan los viejos palacetes de la oligarquía; de la era posindustrial; del progreso urbano de la violencia política.

II.

Ruinas de la oligarquía

Hay ruinas que hablan de otros pasados, quizás más esplendorosos, de cuando se pensaba que la riqueza de la tierra, del salitre, del carbón, del oro, la plata o el caucho... alimentarían con su inagotable riqueza, la vida de las familias más afortunadas en bellos y grandiosos palacios y jardines. En nuestras ciudades, si buscamos, aun podemos descubrir algunos de estos viejos palacios. Los más afortunados, transformados en bancos, museos o monumento de las políticas patrimoniales. Los más desgraciados dejados a su natural deterioro como resabios de un pasado opulento e imposible a merced de la engorda de un mercado inmobiliario que no perdona ni a las políticas patrimonializantes. Así lo atestigua la larga historia del Palacio Pereira, hoy recuperado por las arcas fiscales del hambre inmobiliario, con objeto de transformarse en una institución que acoja las gestiones patrimoniales.

Ruinas posindustriales

Así como América Latina a lo largo de su historia vio enriquecerse a familias propietarias de las tierras y sus recursos; también vio, a mediados del siglo XX, como el Estado creaba los mecanismos para romper la dependencia económica y política de la exportación de estos recursos naturales y la importación de bienes industriales. Fue así como nace la llamada Política de Sustitución de Importaciones (ISI) con la que los Estados latinoamericanos se proponen fomentar el desarrollo de industrias locales. Sin embargo, las ruinas industriales que hoy pueblan nuestras ciudades, hablan por sí mismas del fracaso de este proyecto de largo aliento. El déficit fiscal, la creciente presión de movimientos populares por el derecho a un lugar en la ciudad, pero por sobre todo, la primacía e imposición de un modelo agroexportador para toda Latinoamérica, terminó por hundir dicho proyecto. Paisajes residuales de un pasado no incorporado al espacio histórico de la ciudad, las viejas fábricas como Sanitas en el barrio Franklin; las maestranzas en San Bernardo o en San Eugenio, Textiles Yarur-Machasa, Sumar, Said, Hirmas, Bellavista Tomé o enlozados Fantuzzi en la comuna de Cerrillos, contribuyeron al derrumbe de ciudades y barrios completos.

Ruinas del progreso urbano

La vida y muerte de las grandes ciudades latinoamericanas, parafraseando a Jane Jacobs, puede también ser leída a través del borramiento y hundimiento de territorios completos.

Es la historia de Villa San Luis en Santiago, que desde sus escombros de fierros retorcidos y betón reclama y denuncia el hundimiento de la utopía socialista entre las torres espejadas de las grandes corporaciones. Es la historia del barrio del Bronx y sus ruinas en la ciudad de Bogotá, que de la mano de la llamada renovación urbana abre espacio a las grandes inversiones transnacionales, sus distritos creativos y la llamada economía naranja y global. Dos ejemplos que hablan de la ciudad metrópolis como horizonte del ideario moderno y de la presión de la especulación inmobiliaria sobre estos sitios residuales y resistentes al relato urbano de la eficiencia. En este marco, las ruinas constituyen un espacio privilegiado para observar los gestos sucesivos de reescritura de la ciudad, puesto que en ellas y en las políticas que las administran, se conjugan los idearios de la cultura urbana neoliberal.

Ruinas memoriales

Todas las ruinas son incómodas, por su estética, por su ubicación o por la historia que ellas contienen. Pero hay ruinas y ruinas; si la historia de industrias y palacios en desuso hablan de un pasado que no pudo ser, hay otras ruinas, las que han construido los hitos de violencia política, que por su origen y su reclamo, difícilmente podrán convertirse en interés inmobiliario, patrimonial o de reconversión urbana, al menos sin las voces de los sobrevivientes y familiares. Son las ruinas de los ex centros de tortura, detención y exterminio. Es el caso del ex Cuartel Borgoño en el barrio Independencia de Santiago; José Domingo Cañas en Ñuñoa, el Ex Atlético en el barrio de San Telmo; el Garage Olimpo en el oeste de la ciudad Buenos Aires ... y así podríamos seguir. Son las ruinas que perturban la memoria, y que en su desgaste y deterioro rememoran tragedias históricas de la violencia política reciente. Espacios abandonados, las ruinas memoriales nos increpan al no-olvido de sus víctimas y victimarios (Jelin, 2002). Son ruinas que hablan e invaden los sentidos con imágenes y forma arquitectónicas que dejan entrever el horror. Podríamos también sumar el Palacio de la Moneda en 1973 o el Palacio de Justicia de Bogotá en 1985, que durante años permanecieron como muestras evidentes de la violencia cívico militar sobre la democracia. Muchas de estas ruinas han encontrado su deriva en espacios contra-monumentales o monumentos incómodos, tales como Fragmentos en Bogotá, donde las armas fundidas yacen sobre el suelo de las ruinas del Bogotazo, conmemorando así el incipiente – y quizás frustrado – proceso de paz.

III.

Hemos recorrido muy brevemente, cinco ejemplos de ruinas que participan en nuestra historia latinoamericana; cinco formas en que las ruinas y sus escombros reclaman, transforman e incomodan nuestros espacios contemporáneos. En este tercer momento de mi presentación, quisiera invitarlos a preguntarnos por las especificidades latinoamericanas de estas ruinas. ¿Es posible hablar de ruinas latinoamericanas? Si partimos de la premisa

que la ruina – a diferencia del escombro – es siempre un objeto situado históricamente tendríamos que decir que una primera gran diferencia con Europa, es que nuestras ruinas no nacen de guerras mundiales, al menos de esas dos guerras que azolaron el siglo XX. En efecto, no tenemos una ciudad como Berlín, con sus muros en ruinas por doquier. Pero lo que es cierto es que hemos tenido guerras, otras, y las ruinas indias así lo atestiguan.

Algo parecido podríamos decir respecto a los viejos palacios. Si Europa está lleno de ellos, nuestras ciudades no se quedan atrás. Lo mismo es cierto para las ruinas industriales, en eso también nos asemejamos. No tenemos Detroit o Charleroi y sus ruinas de un pasado grandioso; pero tuvimos Tomé, Huachipato o Lota y ese pasado de opulencia que incluso incluyó un teatro para sus mineros. También tuvimos las grandes salitreras que hoy son ciudades fantasmas; o las maestranzas y grandes industrias textiles que lograron configurar en torno a si, barrios obreros de sólida identidad.

Tampoco podríamos decir que las ruinas de la violencia política son exclusivamente nuestras, de ruinas memoriales está y estará plagada la historia de la humanidad. Así como Villa Grimaldi o el Cuartel Borgoño, también están los crematorios de Auschwitz o los hornos de Treblinka. Ruinas de dolor, de latencias y sobresaltos de una memoria siempre inconclusa, parafraseando a Nelly Richard.

También es cierto que las ruinas del sur, así como aquellas del norte, viven transformaciones conmovedoras producto de las modas *retro* y las especulaciones inmobiliarias del capitalismo global. Algo similar ocurre con las ruinas afectadas por los dispositivos patrimoniales que el Estado se empeña en crear con la secreta esperanza de atraer capitales y turistas deseosos de ensoñaciones e imaginarios. También las tenemos, estamos tan llenos de esas ruinas iluminadas (como las misiones jesuitas en Paraguay) como en Roma, Budapest o New York. Las ruinas latinoamericanas también saben travestirse y desvestirse. Y los falsos históricos abundan en nuestras calles y espacios públicos.

Ruinas nuestras

A pesar de estas similitudes, me atrevería a señalar que existen al menos dos aspectos, en los que nuestras ruinas parecen ser únicas y talvez inigualables.

Un primer aspecto dice relación con aquello que Martí celebrara hace ya casi un siglo atrás: la condición india o ancestral de las ruinas. Pero no aquella indianidad que observa la ruina desde la resignación o desde la tristeza de la *jaula de la melancolía* (Roger Bartra). Sino de una indianidad que abraza sus ruinas desde los procesos de etnogénesis y actualización de la memoria indígena. Pienso en las piedras tacitas del Cerro Blanco, que cada cierto tiempo se cubren de dádivas, bailes y cantos que honran a los dioses y ancestros. Estratégicamente

emplazados entre los Apus² o cerros sagrados del Plomo, el Cerro Chena, el Cerro Renca y el Cerro Blanco, las ruinas de las piedras tacitas se imponen ya no como tropiezos en la línea del progreso, sino como testimonios vivos y actualizados de los tiempos del Pachakuti o retorno al equilibrio y la superación de las limitaciones que impuso la colonización en América Latina. Procesos que ciertamente dan cuenta de la emergencia indígena y que en el mundo andino permiten cuestionar los patrones que reducen lo indígena a la condición folklórica. Las ruinas dejan de ser entonces, solo escenario “patrimonial”, para transformarse en materia activa en la búsqueda de la transformación de la tierra, inversión del mundo y revolución para cambiar la historia, a la manera como lo advirtiera una y otra vez José María Arguedas (en el cuento quechua del Sueño del pongo³ o sirviente indígena).

Un segundo aspecto diferenciador responde al carácter telúrico de nuestro continente. La figura de la ruina diseminada por doquier, está presente en la vasta narrativa latinoamericana. Atrapados entre la cordillera, el océano y las placas de nazca, el cordón andino pelagra siempre en su desestabilización. Entre temblores y terremotos nuestras historias se hacen en el vaivén y la desestabilización de la réplica perpetua. Lo único cierto, como afirma Nicanor Parra, es que a pesar del miedo, siempre existe la posibilidad de rearmarse y decir que “aquí no pasa nada que puramente todo”.

En un territorio habituado al vértigo del movimiento, las grietas y las ruinas permanecen como mudos testimonios de lo que fue y de lo que pudo ser. La obra poética acerca de este universo sísmico encuentra, entonces, en estas huellas materiales del terremoto un recordatorio permanente de aquello que se incubaba en el subsuelo de la ciudad. Las formas de las grietas y las trizaduras aparecen como inscripciones gráficas de este destino fatídico y cíclico de Chile y los países andinos. La materialidad en ruinas anuncia una sociedad doliente y desesperanzada en su destino. La condición telúrica de Chile representa, entonces, una piedra de tope para el avance del progreso, y parece condenar a sus habitantes a conformarse con ser parte de esta naturaleza indómita y salvaje de su accidentada geografía.

Finalmente, quiero cerrar esta presentación con algunas nociones generales que se desprenden de la lectura empírica de las ruinas.

² Apus: montañas protectoras de los incas. Apu, palabra quechua que tiene dos significados en una sola palabra: El primer significado es montaña y el segundo es Dios. Por ende, los Apus son los espíritus de las montañas que protegen a los pueblos de los Andes desde la época de los Incas.

³ Nuestro gran Padre nos dijo a los dos: "Ahora, "lámanse el uno al otro; despacio, por mucho tiempo".

IV

Destrucción y creación

En la búsqueda comprensiva de la genealogía de las ruinas urbanas y sus contradicciones con el proyecto urbano, debemos decir que sean cuales sean las ruinas, ellas siempre -como materialidades residuales que son-, desordenan y desconciertan a nuestras ciudades, obligándolas a releer y rescribir sus formas significadas. Allí reside posiblemente, la secreta fascinación de las ruinas en nuestras ciudades; en la destrucción y la fragmentación ellas también producen espacios. Destrucción y creación.

La ruina es la historia de una caída, un hundimiento, un derrumbe, pero también de la producción de una nueva forma espacial y material. Nos remite a la transformación de un cuerpo enhiesto a otro, deteriorado, derruido e imperfecto, marcado por la imagen de lo ausente. La noción de ruina va ligada a la idea del fragmento; de la pérdida de una totalidad y un origen: son los restos de algo que no volverá a ser más que en su reconstrucción ilusoria y mimética, subsidiaria del modelo original. Sin embargo, la ruina implica siempre la convergencia de un *pasado* y un *presente*; la pervivencia de vestigios incompletos de un pretérito que es irrecuperable y al mismo tiempo “ineliminable” (Sarlo, 2007). En la ruina, reaparecen fragmentariamente una y otra vez trozos de un pasado que se supone olvidado, aun cuando lo que se pretenda es el progreso de la modernidad (Déotte, 1998).

La ruina abre la posibilidad de recordar pues ella inscribe la experiencia en una materialidad donde aún podemos reconocer lo sucedido. Tal como lo expresara Walter Benjamin, el concepto de “ruinas” enuncia la transitoriedad histórica a través de la desintegración y la decadencia de los pasajes pasados, mientras que por otro lado enuncia en las coordenadas del ahora, su continuidad temporal y espacial. La ruina nos dice dos cosas a la vez: por un lado, no hay retorno, sólo disponemos de los fragmentos, los deshechos, el polvo y las astillas de una utopía definitivamente rota. Pero, por otro lado, este punto de partida no puede dejarnos atados a la derrota por la amenaza de que el horror se repita, y de allí la invitación a crear desde esta destrucción.

Incomodidad del tropiezo/ caminata

Ciertamente la idea de “ruina” incomoda, ya sea por su abstracción homogeneizante (Gordillo, 2018) o por su connotación de violencia y abandono que habla de “objetos sin vida ni supervivencia, cosas muertas de un pasado cuyo supuesto valor histórico se origina en tiempos remotos”. De allí la sospecha que no estamos sino frente a “escombros fetichizados”: escombros del progreso, de los distintos momentos en que la humanidad se sintió protagonista del mismo.

Signos críticos de la ciudad funcional y su proyecto; signos críticos de los proyectos de modernización compulsiva, signos críticos de las prácticas del ocultamiento y el borramiento; todas las ruinas constituyen una fisura, un intersticio en los pliegues de la urbe planificada y eficiente del ideal moderno. Como campo de disputa que son las ruinas en su condición de desecho, son baches y residuo en la dinámica moderna del desarrollo y el progreso (Lanuza, 2008).

A modo de hipótesis postulamos que la ruina es un factor de desorden, que con frecuencia desafía la traza urbana y el orden hegemónico en tanto dispositivo de control de la naturaleza y los cuerpos que por ella transitan. En su obstinación iterativa sobre la cultura y la naturaleza, la memoria y el olvido, la ruina habla de tropiezos e incomodidad (Prats 1997) porque desordena los preceptos del progreso presente y del futuro. La ruina confronta la forma urbana, la contradice y tensiona, porque proyecta en la ciudad ciertas formas anteriores que pretenden dejarse en el pasado. La ruina asociada al deterioro es *no progreso*; es estancamiento que trunca y pone en tensión las pretensiones de futuro.

Provocación, imaginación y ruptura

En tanto articulación compleja de la naturaleza y la cultura, de lo humano y lo no humano, de lo material y lo simbólico, las ruinas despiertan la nostalgia y la imaginación – a veces difusa - por otras ciudades enterradas bajo la ciudad contemporánea. Tal vez ese encanto por la ruina nace justamente de las evidencias que el progreso se ha detenido y la naturaleza se esmera en hacernos parte de ella. ¿Cómo se explica entonces ese afán de las ciudades por las simulaciones, los falsos históricos, las reconstrucciones, el *retrofashion* y las simulaciones de las pátinas del tiempo en su arquitectura?

Al desestabilizar la estructura habitual de las cosas, las ruinas — nos dicen los románticos y barrocos— ponen los sentidos en estado de alerta; obligan a ver y escuchar y tocar lo inesperado. Las ruinas, formas preñadas de sentido, son una presentación de la vida en aquello que ya no lo es, recuerdo de la fuerza que nunca renuncia a ser. Desde esta activación de la memoria y los sentidos, las ruinas nos ponen frente al problema de la autenticidad, como un concepto históricamente construido; ellas siempre remiten a los orígenes y reproducen un carácter aurático. Por cierto, las narrativas sobre ruinas han jugado un rol en la legitimación de las reivindicaciones de poder en los estados modernos, e incluso en el mundo prehispánico. De allí el riesgo del discurso del *origen incontaminado* y de la noción de autenticidad.

Finalmente habría que señalar que la ruina nos obliga a concebir el espacio a través de los lugares que fueron históricamente negados para crear el presente. Los escombros de las ruinas moldean así las prácticas, la percepción y la imaginación sobre la espacialidad de los lugares. Pero descifrar estos relatos y sus sintaxis, exige una arqueología y una etnografía

sobre aquellas fisuras y grietas que cada ciudad cobija en su interior. En eso estamos. Muchas gracias.

Referencias

Arguedas, J.M. 2009. (1965) El sueño del pongo. En: *Qepa wiñaq. Siempre literatura y antropología*. Barcelona: Iberoamericana, Vervuert: 125 - 135.

Benjamin, W. 1973. *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, Madrid: Taurus.

Benjamin, W. 2005. *Libro de los Pasajes*, Madrid: Akal.

Bartra, R. 2012 (1987) *La Jaula de la Melancolía Identidad y metamorfosis del mexicano*, México: Penguin Random House Grupo Editorial México.

Déotte. J. L. 1998. *Catástrofe y olvido. Las ruinas, Europa, el museo*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.

Gordillo, G. R. 2018. *Los escombros del progreso: Ciudades perdidas, estaciones abandonadas y deforestación sojera en el norte argentino* (Antropológicas) (Spanish Edition). Siglo XXI Editores. Edición de Kindle.

Jelin, E. 2002. *Los trabajos de la memoria*. Barcelona: Siglo XXI.

Lanuzza, F. 2008. *Ruina, alegoría y anamnesis. El ejercicio de la memoria sobre la desaparición del ex ferrocarril de cintura de Santiago*. En: Revista de Arquitectura, Vol. 14, Nº18, FAU, U. de Chile.

<http://www.dearquitectura.uchile.cl/index.php/RA/article/view/28162> consultado 01.05.2017

Martí, J. 1977 (1989) Ruinas Indias. En: *Política de nuestra América*, México: Siglo XXI: 73-78.

Sarlo, B. 2007. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI: